

—Á mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil! gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prision y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparicion del jinete moro, acompañado de tal empuje que, sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hácia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer para siempre la corona. El valeroso Hacem perdió la vista de llorar su desventura, no tanto por la ruina de su trono, como por la exaltacion de Boabdil, bajo cuyo mando, segun el horóscopo de consumada astrología, debia caer Granada en poder de los cristianos. Y si mil veces le escucharon los suyos maldiciones de su enemiga estrella, nunca le escucharon maldiciones de su nefasto amor, amante y caballero en el destierro y hasta la muerte.

CAPITULO XIV.

Espantoso dilema.

El sultan de Túnez divertía mucho su ánimo, y grandemente lo explicaba, en la ocupacion de oír épicas narraciones relativas á los conflictos de sus gentes con las gentes cristianas. No hay, pues, para qué decir cómo embargaría su atencion la sustancia de estos dramas granadinos, tan ricos en caballerescos incidentes. Absorto estaba en contemplar con tristeza la inevitable ruina á que iba precipitado el reino último de los árabes en España, cuando oyó grande algazara y siniestro rumor de muerte, y gritos de imprecaciones varias, acercándose en rápido crecimiento al lugar donde con sus favoritos y siervos hablaba sobre recientes ó antiguas historias. Como no corria Túnez la deshecha borrasca que á la sazón corria Granada, no eran de presumir rebeliones políticas en aquel endiablado estruendo. Al contrario, la debilidad de los reinos é imperios, antiguos rivales ó antiguos dominadores suyos; la venida de los turcos al seno de Constantinopla con tanta pujanza; la suspension de las Cruzadas, perdidas desde que cumplieron su ministerio histórico de quebrantar el feudalismo y traer á la vida el estado llano; los pactos convenidos con San Luis y hasta entonces realizados, daban á Túnez con cierta libertad religiosa, natural en el deísmo mahometano, cierta paz política, impropia del inquieto temperamento de los árabes. No temió, pues, el señor, á pesar de haber soñado largo rato con Abencerrajes y Zegríes, Gomeles y Zagales, que vinieran todos estos bandos en armas á perturbar su taifa fuertemente asentada en costumbres de paz y de obediencia. Mas, por lo mismo, parecía extraño aquel rumor de tempestad en palacio tan quieto como su palacio y en ciudad tan pacífica

como su ciudad. Y se incorporó con presteza sobre los cojines donde estaba recostado, y prestó oído con atención al rumor extraño, henchido de gritos varios, que á mas andar se acercaba con vertiginosa rapidez á su estancia.

Apenas se incorporara, cuando entraron los santones, echándose por el suelo con desesperación, y diciendo á una en algarabía ruidosísima, mil cosas ininteligibles acompañadas de mil aspavientos inenarrables. Apenas los santones entraron así, cuando vinieron tras ellos los guardas y soldados de palacio con tantas espumas de hiel en la boca y tantos relámpagos de ira en los ojos que diríase iban á ensartar en sus lanzas, apercebidas y enhiestas, diablos ó endriagos perdidos en los aires. Apenas entraron los soldados cuando siguieron los eunucos y guardadores del serrallo, todos á rastras, con doloridosacentos en el pecho, con temblor epiléptico en las manos, como si acabaran de cometer algún crimen y tuvieran que esperar seguro castigo. Tras estos oficiales del alcázar veíanse grupos del pueblo medio despavoridos aumentando con su vocerío la infernal tormenta y apercibiéndose como á una batalla terrible. Y entre todos estos grupos resaltaban las altas dignidades del visir y del cadí recogidos en sí mismos con recogimiento religioso, cual si abocados á tomar una de esas resoluciones supremas que traen cambio profundísimo en la vida y cuestan un esfuerzo digno de contarse entre los mayores sacrificios, no quisieran ver ni hablar á nadie. Pero quien realmente denotaba mayor tristeza y se recogía con mayor recogimiento en sí, pálido como el azufre, rígido como la muerte, yerto como la indiferencia, era el designado para yerno del Sultan, cumplido y apuesto jóven árabe, de cuyos ojos acostumbrados á ver sin pestañar los bélicos horrores, caían dos gruesas lágrimas, las cuales dejaban por las mejillas dos rastros rojos como si fueran dos ardientes brasas. No lejos de la estancia, así invadida, en habitaciones inmediatas, herméticamente cerradas, resonaban chillidos agudos, partiendo de una infinidad de mujeres, semeñando el piar estridente de innumerables avecillas presas en la liga ó en la caza. Fácil de imaginar cuanto estruendo los conjuros y ademanes de alfaquíes; los gritos y juramentos de soldados; las voces y vociferaciones del pueblo; los clamores de eunucos mezclados con los chillidos del harem, armarian resonando en las bóvedas de un palacio habitado por tantas majestades y envuelto en los prestigios que lleva consigo la augusta solemnidad del silencio.

En vano intentaba el Sultan averiguar lo que sucedía; del griterío de todos ninguna idea en limpio sacaba para sí. A una interrogación respondía un gemido; á un sacudimiento de la persona interrogada un sollozo capaz de partir en dos las mas frias y las mas duras entre las mismísimas piedras. Y si, molestado por la confusión extraordinaria, inquieto al pensar lo que todo aquel estruendo podía contener, deseoso de certidumbre menos funesta que su ignorancia, pretendía dominar á todos, hablaban todos á un tiempo, aumentando la natural curiosidad, pues los tumultuados parecían venir

ó de plaza sorprendida por el enemigo ó del palacio devorado por el incendio. Llamábale, sin embargo, la atención, el pavoroso recogimiento de su futuro yerno, inmóvil en medio de tamaño alboroto, pero no osaba dirigirse á él, como si quisiera y no quisiera al mismo tiempo conocer el suceso, como si admitiese y deshechase por instintivos impulsos el presentimiento de una gran desgracia. En fin, el vocerío creció tanto que las preguntas del Sultan, sirviendo solo para aumentarlo, fueron sustituidas por uno de esos gestos de imperio, reservados á los imperantes, gesto que al llegar á la vista de todos, á todos impuso forzoso silencio.

—¡Por Alhá! exclamó: ¿Qué sucede en mi palacio? ¿Se ha vuelto loco todo mi reino? ¿Habeis visto por ventura las señales del último juicio? ¿Desembarcó en nuestras playas algun barco pirata? ¿Se tumultuaron los esclavos? ¿Se ha prendido fuego al serrallo? ¿La cólera de Dios nos amenaza con alguna tormenta? ¿O el desierto se ha incorporado sobre sus alas de huracanes y viene á cubrir nuestra ciudad con su sudario de arena? Hablad, hablad: que deseo inmediatamente oiros.

A las palabras del Sultan siguió largo y profundo silencio. Antes, nada podía averiguar por el estruendo; ahora, nada tampoco, por el súbito enmudecimiento. Oíase, despues de estas preguntas, el resuello de los pechos cargados de sollozos, pero no se oía nada mas. Los que gesticulaban como energúmenos, callaban como muertos. Diríase que todos juntos tenían valor para dar la nueva que así les agitara; y separados, ninguno en su poquedad se atrevía á tanto. De ello bien podía concluir el Sultan que algo gravísimo para su persona ó para su reino pasaba en Túnez; mas el instinto de la propia conservación es así, tenaz en sus resistencias á la triste certidumbre de la desgracia ó del dolor, cuando mas empeñado parece en quererla y en buscarla.

—¿Callais?

Preguntó al cabo de largo rato. Y todas las frentes se inclinaron ante la pregunta.

—¿No quereis responderme?

Y en efecto nadie le respondió.

—Gran visir.

—Señor.

—Tú no tienes más remedio que contestar á todo cuanto yo te pregunte, obedecer todo cuanto yo te mande, ó morir.

—V. A. está diciendo la verdad, como si recitara suras del Koran.

—Pues bien; te mando que ahora mismo me digas la causa de este tumulto. ¿Qué habeis visto para ponerlos así? ¿Qué habeis oido para sulfurarnos tanto? ¿Qué sucede en Túnez?

—Pues, sucede.....

—Habla.

—Sucede.....

—Acaba.

—Sucede..... que no sucede nada.

—Nada, y habeis puesto en movimiento toda mi servidumbre; nada, y habeis venido aquí en tropel; nada, y habeis gesticulado y gritado de suerte que yo os creía locos; nada, y en vuestro rostro se refleja la indignacion, el asombro, la extrañeza, la ira, la cólera, tantas y tan tumultuosas pasiones. Decidme cuanto pasa, ó ahora mismo suelto mis tigres y leones para que os devoren á todos.

La multitud volvió con recelo la cabeza como si ya los viera entrar por la puerta, pero no respondió á las interrogaciones del sultan ni una sola palabra.

—Santon.

Gritó el Sultan.

—Señor.

Respondió el santon.

—Te conjuro para que contestes á mis preguntas.

—Señor.

—Contesta.

—Señor.

—Y tú eres el representante de la religion, cuando no sabes obedecerla y cump'irla.

—Cadí.

—Señor.

—Soy tu sultan.

—Y yo tu esclavo.

—Pues si eres mi esclavo, respóndeme.

—Hable V. A.

—¿Te parece que he hablado poco?

—Hable, pues, V. A.

—¿Qué ha sucedido?

—Pues ha sucedido.....

Y el cadí se enjugó el sudor mientras todo el mundo prestaba atención á lo que iba á decir, curioso todo el mundo, como era natural, por saber su destreza en salir de tan terrible apuro.

—Diré á V. A. Como íbamos diciendo, sucedió que el santon primero (Dios prospere sus días,) encontróse de manos á boca con perro nazareno (Dios lo confunda). Y este perro nazareno, á quien Dios debe confundir y el santon á quien Dios debe prosperar, se estrellaron en choque brusco, cual suelen estrellarse siempre todos los pertenecientes á creencias diversas y por lo mismo destinados á maldiciones y bendiciones diversas. Porque el santon á quien Dios bendiga y el nazareno á quien maldiga Dios... ¡.Creo

que me equivoqué pidiendo maldiciones para el bendecido y bendiciones para el maldito.....

—Cadí del infierno, pruebas mi paciencia con tales madejas de palabras sin ningun sentido; y la cimitarra salta en su vaina por salir rabiosa, como una serpiente, y arrancarte á los primeros tajos de su filo esa borrosísima lengua. Acabemos pronto. No puedo sufrir por mas tiempo esta ridiculez. Decidme lo que pasa, ó temblad todos á una por vosotros mismos, por vuestras esposas, por vuestro hijos. ¿Qué sucede? Sepamos sin meras dilaciones todo cuanto sea ó apercibios á recibir un castigo digno de la altura de mi cólera y ajustado á la medida de vuestro desacato.

Los circunstantes volviéronse hácia donde estaba el prometido esposo de la hija del Sultan y le señalaron por instintivo acuerdo como el único justificado para noticiar la falta nueva. Y él, tan fuerte como el leon calenturiento, tan erguido como la palmera africana, tan ardoroso como el abrasado desierto, á pesar de su virilidad y de su energía, desplomóse como medio desmayado á los piés del Sultan, y comenzó á dar esos grandes sollozos propios de los ánimos levantados y de los fuertes pechos, que por salir á borbotones despues de reprimidos largo tiempo, expresan el dolor en su grado máximo y lo comunican á todos con rapidez asombrosa.

—¡Ah! exclamó el Sultan. Ya lo comprendo todo, porque harto vuestras miradas, sin necesidad de vuestras palabras, lo publican. Salga mi destrozado corazon del pecho á pedazos; y fluya mi alma por los ojos derretidos en torrentes de lágrimas. ¡Ay! Mi adorada hija, el regocijo de mi vejez, la aurora sonriente que se elevaba en el ocaso de mis tristes días, el pensil donde florecian con tan bello florecimiento todas mis esperanzas, la gacela que venia á lamerme las manos y á rendirse á mis piés, se ha muerto, y está ya en las tinieblas, cuando tú, hijo mio, tan amargamente la lloras. Rásguense las telas de mis vestiduras, cáiganse los pelos de mis barbas, nieguese á la luz mi mirada, cúbrase de ceniza todo mi cuerpo, pues la noche eterna ha comenzado para mí desde el punto y hora en que dejo de ver á mi lado el lucero de la mañana y de la tarde, mi tierna y adorada hija. Tome, pues, quien quiera, la corona tunecina, desprendida de mi frente; que yo me voy á una honda caverna, para danzar hasta caer rendido como los derviches, y ponerme cabeza abajo como los santos, á ver si puedo por estas ceremonias confundirme místicamente con Dios, no tanto para tener su esencia incommunicable, como para despojarme de mi sensibilidad, y no sentir así el acerbísimo dolor que me causa la muerte de mi hija. Gota de rocío en boton de rosa, perla de India en concha de nácar, agua de olor en pomo de oro, ¿cómo te has perdido para tu padre sin pensar que te llevabas contigo al otro mundo mi expirante vida? Enseñadme, enseñadme el cadáver de mi hija. Quiero verla y abrazarla y comérmela á besos antes que para siempre la aparte de mis ojos y la encierre en sus entrañas el sepulcro.

Nadie se atrevía de ninguna suerte á decir la verdad de lo ocurrido; nadie osaba contar que, preso un misionero cristiano por causa de sus arengas religiosas y conducido al calabozo del palacio, una vez allí dentro, en el sitio reservado á los siervos, en las mazmorras, habian visto á la princesa de sangre real, á la sultana mas bella del Magreb, á la virgen cantada por tantos poetas, á la novia de un héroe, en brazos del cautivo cristiano, traído de los mares de Italia al tranquilo palacio de Túnez como un nefasto presente. Nadie osaba decir al Sultan que su pena debia ser mayor, pues algo mas triste que la muerte acababa de sucederle; cuando apareció ella misma, su hija en persona, y como el padre la quisiera abrazar, trasportado de alegría, viéndola viva despues de haberla imaginado muerta, le apartó los brazos y le dijo con grande énfasis.

—Padre mio.

—Hija, hija querida ¿por qué me rechazas?

—Porque no soy digna de tu cariño ni debo conllevar tu honra y tu nombre.

—¿Qué me dices? Infeliz. ¿Qué te atreves á decirle á tu padre? Me obligarás á sentir y á deplorar que no hayas desaparecido del número de los vivos?

—Creo, señor, que sí.

—Alhá, ¿por qué no quitas la vida á este padre infeliz, antes que condenarle á oír semejante palabra de labios de su hija?

Y cayó desplomado sobre los cojines de damasco, cubriéndose el rostro con ámbas manos, para no ver á la que hasta entonces habia sido su delicia, y que, desde aquel mismo momento, iba á ser, segun le decian las palabras de los circunstantes y el propio corazón, su dolor y su afrenta. Al verlo tan afligido, todos le rodearon á porfía, y se complacieron en procurarle alivios y consuelos con verdadero apresuramiento y calurosísima solicitud.

—¡Alhá me valga! gritaba el desventurado Sultan. ¿Qué has hecho, hija desnaturalizada, qué has hecho para convertirme desde mi mayor encanto y hechizo, en escándalo de la ciudad y en el baldón de tu padre?

La bella princesa resplandecía mas que nunca, como suele el astro resplandecer en esos pedazos de cielo brillantes entre los nubarrones de la tempestad. El cabello en desorden, le servía como de manto oscuro, á través de cuyas negras hebras resaltaban mas los torneados brazos y los escultóricos hombros. En sus ojos negros, animados de una expresion que podríamos llamar extática, por lo arrobada y por lo dulce, brillaban trémulas dos lágrimas, que cualquier poeta oriental, hubiera comparado con dos gotas de luz. El rubor, un rubor natural, encendia su rostro en los mas bellos arreboles; y la pena, una pena intensa, hacia respirar con anhelo su pecho. Sola, en medio de aquel tumulto, ella tan acostumbrada á recibir toda suerte de homenajes, parecia acrecentar con el prestigio de su desgracia, las

prendas de su hermosura. Cualquiera, al verla en aquellos instantes de pena, la amara mas que en los instantes de paz y de alegría, pues el toque de su dolor habia sublimado su belleza.

—Padre.

Gritó con desesperacion la jóven:

—No me des ese nombre.

Dijo el adusto padre.

—Te pido por último favor que oigas mis palabras antes de cumplir tus rigores.

El Sultan hizo una seña y todos los circunstantes salieron, quedando solo el padre y la hija.

—¿Has faltado al pudor? ¿Has consentido que el primer mortal audaz profane la flor de tu virginidad, guardada por mí á los primeros príncipes de África? ¿Has arrastrado por el cieno á un tiempo mismo la pureza de tu cuerpo y las canas de tu padre? ¿Por qué, por qué no te he visto antes mil veces muerta, pero digna, como yo te imaginaba, y á la altura de tu estirpe?

—Recluida en el harem, comenzaban á despertarse ignoradas emociones en mi sér, más poderosas que mis virtudes. En el apartado jardín, á la sombra de los cipreses, junto á los mirtos, oyendo desatarse los arroyos, en la contemplacion del mundo que me rodeaba, habia visto las mariposas buscar á las flores, las aves á los nidos, los nidos el abrigo del amor, y en mi soledad y mi tristeza habia suspirado mil veces por que un rayo de aquella luz y un átomo de aquel calor, á cuyo influjo se animan todos los seres, descendiera hasta mi pecho y entrara, animándolo, en mi corazón. Examinaba yo mi sér, mi vida, mi alma, y creí que el carmin de mis mejillas, que el resplandor de mis miradas, que el cántico inspirado á mis labios, que el latido de mis sienes, que la oracion de mi fé, necesitaban para ser, y para vivir, de las llamas vivificadoras del amor. Y cuando estas ideas, despertadas por tales instintos, se movian á una en mí, revelándome cielos ardientes en que deseaba abrazarme y consumirme, apareció el cautivo cristiano, con prendas innumerables, y circuido de una aureola tal, que parecia destinada á enardecer mis pensamientos. Y como la mariposa se lanza al cáliz de la flor, y el ave al centro del nido, lancéme yo en los brazos de aquel hombre, creyendo obedecer mandatos de Alhá al obedecer impulsos de mi naturaleza. Pedile con repetidas instancias que convirtiera el corazón á mi propia fé, y no me oyó. Esperé que la diferencia de nuestras religiones dividiera nuestros sentimientos, y los juntó. Entonces, viendo que Alhá no borraba el amor consagrado á un cristiano, antes parecia avivarlo, obedecí á Alhá, y me entregué al destino. Hice de una mazmorra, el palacio de mis amores, y de un es-